

fuera, como lo es en lo interior. Todo ha desaparecido desde que se perdió la fe en la Eucaristía.

9. ¿Qué diré ahora de la santidad sacerdotal y, en proporción, de la santidad de todos los fieles, derivada, como de su fuente, del Sacramento *santísimo* por excelencia? Que, si en la Antigua Ley estaba escrito<sup>1</sup>: *Santos serán para su Dios los sacerdotes, porque ofrecen el incienso del Señor y los panes de su Dios, y por eso serán santos*, ¿cómo no lo han de ser, y con mayor razón, los sacerdotes de la Nueva Ley, cuyo oficio es ofrecer á Dios las oraciones de toda la Iglesia, juntas con la de su supremo sacerdote y medianero Cristo Jesús, y el pan vivo de su preciosísimo Cuerpo inmortal, glorioso é impasible?<sup>2</sup> Á la santidad infinita de la ofrenda, natural y justo es que acompañe la santidad del que la ofrece; y, siendo el sacerdote ministro y representante de Cristo infinitamente santo, inmaculado y de todo punto segregado de los pecadores<sup>3</sup>, conviene que él también sea émulo de toda santidad. Esto es lo que pide la Iglesia en el Canon de la Misa, suplicando á Nuestro Señor que le sea acepta, no ya por parte de la ofrenda, que es de valor infinito, sino, como declara Santo Tomás<sup>4</sup>, por parte de los sacerdotes que celebran, en los cuales desea que resplandezca la devoción y pureza de Abel, la fe y obediencia de Abraham, la justicia y paz de Melquisedech, y, en suma, el coro lucidísimo de todas las virtudes. Por su parte los simples fieles jamás se afanarían tanto para purificar sus almas y adornarlas con el hermoso arreo de cristianas y ex-

<sup>1</sup> Lev. 21, 6.

<sup>2</sup> *La Puente*, Perfecc. Est. Eclesiást. tr. 1, cap. 7.

<sup>3</sup> Hebr. 7, 26.

<sup>4</sup> S. th. 3, q. 83.

celentes virtudes, si no les moviera eficazmente á procurar la participación del Cuerpo y Sangre del Santo de los santos en la mesa eucarística. ¡Qué sentimientos de temor saludable no despierta en la conciencia menos delicada la sola idea de haber de llegarse á recibir á Dios! ¡Qué ansia de competir en pureza con los mismos ángeles, al haber de gustar el pan del cielo! ¿Adónde irían á parar estos bellos sentimientos y propósitos de santidad, si desapareciera de entre nosotros, por suma desgracia, el uso de la Eucaristía? Ved ahí cómo el Sacerdocio, con cuanto de él depende, como es el culto y la vida espiritual de la Iglesia, gravita hacia el centro de la divina Eucaristía, no de otra suerte que los más lucientes planetas giran en derredor del sol.

10. Lo mismo debéis decir de esta otra institución divina que es como la clave del edificio cristiano, la *Autoridad*. Para convencersos de la verdad de esta relación, aunque á primera vista no tan manifiesta, bastará reflexionar sobre la naturaleza propia de la autoridad eclesiástica, esencialmente espiritual y, por consiguiente, estrechamente enlazada con el carácter sagrado del que la reviste y ejerce. La autoridad de la Iglesia ¿quién no advierte que está basada en el mismo sacerdocio? Aunque, absolutamente hablando, pudiera Jesucristo haber separado la una del otro, de hecho y en realidad ¿á quiénes ha confiado el poder de gobernar socialmente su rebaño sino á aquellos mismos á quienes antes había conferido el poder de consagrar su cuerpo? Es, pues, la soberanía eclesiástica una autoridad vinculada al Sacerdocio, cuya base, como es visto, descansa en la institución del Sacrificio del altar. Destruído éste, caería también aquella soberanía de derecho rigurosamente divino, que deriva su prestigio, no de la fuerza,

sino de la suprema dignidad sacerdotal. ¿Quién es el pastor en la Iglesia sino aquel á quien fué dado abrir y cerrar con llave de oro las puertas de los cielos? ¿Quién está llamado á dispensar los bienes sobrenaturales en el orden social sino el mismo que dispensa, en el orden privado, los tesoros de la gracia? Aun más: la dignidad real está encerrada, al decir de muchos Padres y Doctores, en el Sacerdocio, siendo reyes los sacerdotes, no ya temporales sino espirituales; y, como discurre San Juan Crisóstomo, con un género de reinado mucho más excelente y glorioso que el de los soberanos de la tierra<sup>1</sup>. «Al rey están sometidas las cosas terrenas; al sacerdote, las celestiales: al rey, los cuerpos; al sacerdote, las almas: el rey tiene su trono en la tierra; el sacerdote, en el cielo: el rey rige con la fuerza; el sacerdote, con el consejo: el rey pelea con armas corporales; el sacerdote esgrime las espirituales.»<sup>2</sup> Si, pues, esto es así por la naturaleza misma y condición de las cosas, ¿qué extraño que el fundador de este gran reino de Dios sobre la tierra haya querido dar el cetro del poder á sus sacerdotes? *No queráis temer, pequeña grey,* había dicho Jesús á sus apóstoles, *porque plugo á vuestro Padre daros el reino*<sup>3</sup>. Y los misteriosos ancianos del Apocalipsis glorificaban al Cordero que abrió el libro sellado, diciendo: *Redimístenos, Señor, con tu sangre é hicístenos reino de nuestro Dios y sacerdotes, y reinarémos en la tierra*<sup>4</sup>. Así es como la Autoridad tiene también su centro de atracción en la sagrada Eucaristía.

II. Por lo que toca á la gracia de los *Sacramentos*, si lo menor se ordena y endereza á lo mayor, á lo sumo,

<sup>1</sup> Hom. 4 et 5 de verbis Isai: Vidi Dominum.

<sup>2</sup> Ibid.      <sup>3</sup> Luc. 12, 32.      <sup>4</sup> Apoc. 5, 9-10.

claro es que todos ellos, canales por donde la gracia se nos comunica en cierta medida y para ciertos fines, deben confluir á la fuente de toda gracia, al Sacramento en donde se nos trasmite sin medida, dándose corporalmente el autor mismo de los Sacramentos. En él se contienen, á lo menos eminentemente y de un modo virtual, según enseña el Sol de Aquino<sup>1</sup>, las gracias repartidas entre todos los demás, porque «por él se purgan los pecados, aumentanse las virtudes, y el alma se enriquece con la abundancia de todos los carismas espirituales». Bien pudiera el Señor no haber instituido este altísimo y divinísimo Sacramento, dado que instituyera los demás; y cada uno de ellos, no hay duda, produciría en el hombre la comunicación de la gracia. Esto no obstante, si ha de haber unidad en este hermoso cuadro, como la hay donde quiera que puso Dios la mano, natural es que los Sacramentos, así como corresponden á los varios estados de la vida y señalan diversos grados de perfección, se refieran al grado supremo y á la plenitud de la vida espiritual, que se da al alma por medio de la Eucaristía. Porque, así como el hombre nace y se robustece para la vida física, y la perfección de ésta es el fin de todas las obras naturales, así el Bautismo, la Confirmación y los demás Sacramentos se enderezan á adquirir la vida sobrenatural perfectísima, que es el don particular del Pan sobresustancial sacramentado. Todo, pues, como habéis visto, hermanos míos, gira en el orden sobrenatural ó cristiano al rededor de este Sol de la Eucaristía, que todo lo atrae y suavemente gobierna, como trono que es donde habita y reina Dios sobre la tierra: *Puso Dios*

<sup>1</sup> S. Thom., In offic. SS. Sacram. lect. 6.

en el sol su tabernáculo<sup>1</sup>. Sólo resta que veamos y admiremos la pasmosa fecundidad del Sol divino, fuente de vida para todas las almas que quieren participar de su calor vivificante. Verémoslo brevemente en la tercera parte.

### III.

12. No me detendré á considerar lo que es en sí misma la vida sobrenatural — asunto especial de otro discurso, — para hacer ver cómo la Eucaristía es la fuente de esa vida. Por ahora, y sólo como complemento del tema propuesto, me limito á presentaros la universalidad y variedad de esa vida en sus relaciones con el augusto Sacramento. ¿Á dónde no llega el influjo vital del astro que preside al día? *No hay quien se esconda de su calor vivificante*<sup>2</sup>, dice el Real Profeta. Ni hay tampoco entre los hombres quien no participe, si no se obstina en rechazarlo, del influjo benéfico del Sol Eucarístico. Recházanlo ciega y porfiadamente los herejes que niegan con diabólico furor y saña inconcebible la verdad de la institución, cual aves nocturnas ó fieras alimañas á quienes ofende el resplandor del sol y por eso le aborrecen, y quisieran, aunque en vano, apagarle de un soplo para siempre. *Hay hombres*, dice el mismo Cristo, *que amaron más las tinieblas que la luz*<sup>3</sup>. Fuera de estos seres desgraciados, la universidad incontable de los vivientes se regocija y alienta con la aparición y reinado de la luz que arroja en torno de sí el Dios de la Eucaristía. De ella viven, en primer lugar y con plenitud de vigor y salud espiritual, las almas justas, que, como el Apóstol, pueden decir con ingenuo candor: *Para mí,*

<sup>1</sup> Ubi supra.

<sup>2</sup> Ps. 18, 7.

<sup>3</sup> Io. 3, 19.

*vivir es estar con Cristo*<sup>1</sup>; gustarle en el sagrado banquete es toda mi felicidad y mis delicias. «¿Qué hay en el cielo y en la tierra que pueda llenar mi corazón fuera de este Pan celestial?»<sup>2</sup> ¡Felices almas, que empiezan á gustar las dulzuras de la vida bienaventurada y perdurable! Viven también por la influencia de la Eucaristía aquellas almas que, si bien no poseen habitualmente la gracia santificante por efecto de miserables debilidades é inconstancias en el camino del bien, se esfuerzan de tanto en tanto por recobrar esa vida, practican muchas buenas obras, oran del fondo de su corazón, creen firmemente en Dios y esperan en su misericordia. ¿Quién infunde en estos pechos, cristianos aunque débiles, todos estos saludables sentimientos? ¿De quién les viene este soplo de vida, que suele ser el principio de la salvación? ¡Ah, mis amados oyentes, éstos son efectos de la Eucaristía, de la presencia real de Jesucristo entre nosotros! Él es quien *vino á traer fuego á la tierra*<sup>3</sup>, y ¿qué otra cosa anhela sino que la tierra arda y se encienda? Por Jesús sacramentado dura este fuego divino, á pesar de cuantos esfuerzos hacen para apagarle las humanas pasiones de consuno con las potestades infernales. Hasta los malos católicos, que así podemos llamar á los que, sin renegar abiertamente de la fe de su bautismo, llevan una vida de abandono y de culpable indiferencia: estos mismos, si alguna centella de vida sobrenatural guardan todavía allá en lo más recóndito de su ser, débenla también al Dios sacramentado. Para convencerlos, me bastaría penetrar en su conciencia y allí leería, á no dudarlo, su fe profundamente arraigada, indeleble, en la presencia real. Todos ellos, más cristianos de lo que

<sup>1</sup> Phil. 1, 21.

<sup>2</sup> Ps. 72, 25.

<sup>3</sup> Luc. 12, 49.

ellos mismos se figuran, creen en la Hostia sacrosanta, todos doblan reverentes la rodilla, todos adoran á su Criador en la custodia, cuando ésta se eleva en manos del sacerdote para bendecirlos. La Eucaristía es, por tanto, el principio de la vida universal.

13. Eslo también de todas las condiciones de la vida. ¡Son éstas tan variadas! ¿No lo son también las posiciones de nuestro planeta con relación á su centro? Pues bien, cristianos: así como esta variedad, que es causa de las estaciones, no impide que la vida se manifieste siempre bella y admirable, ora concentrándose en el germen, ora brotando en tallos y flores, ora sazonando ricos frutos; así también la vida sobrenatural se desarrolla bajo el influjo de la Eucaristía, ora en el invierno de la tribulación, ora en la primavera de la felicidad, lo mismo en el estío de las grandes y fervorosas empresas, que en el otoño de las virtudes perfectas. Y á la verdad, no sabría decir cuándo es la vida más hermosa y más enérgica. Porque si en la prosperidad, embellecida y santificada por el amor del Dador de todos los bienes, brillan en el alma cristiana la dulzura, la tranquilidad, el fervor para toda suerte de obras de piedad y de misericordia, como brillan todos los objetos de la naturaleza sonriente y alegre en día de fresca y lozana primavera; también en lo recio de la tribulación y entre el batallar de las adversidades vense lucir heroicas virtudes, que quizás son todavía más admirables que cualesquiera otras: la paciencia, la conformidad con la voluntad divina, el desprendimiento del corazón de todo lo terreno, y el apegamiento al Sumo Bien con ardiente suspirar por la vida verdadera. Pero en todos estos casos, ¿cuál es el foco de donde irradian todos estos rayos de vida al corazón? ¿no es el altar

el nido y refugio del alma atribulada? ¿no es el banquete eucarístico la mayor de las delicias y regalos de una persona que se ve halagada por la felicidad? ¿no exclaman una y otra: *¡Cuán amables son tus tabernáculos, Señor de las virtudes! Aquí es donde mi alma desfallece de amor y de contento*<sup>1</sup>?

14. Tiene el sol, además de sus aparentes revoluciones anuales, comparables con las varias épocas de la vida humana, su aparición diaria sobre el horizonte y su desaparición debajo de él, para reaparecer nuevamente después de pasajera ausencia. ¡Qué bello y risueño es el despuntar del día! ¡Qué melancólico y triste el adiós al sol que se hunde como en una fosa sepulcral! Pero aun en esta hora solemne y misteriosa, la tristeza se temple por la magnificencia del cuadro, pues nada hay tan soberbio y embelesador como la caída del sol en el océano ó detrás de las altas cimas de los Andes. También esta última analogía del astro material con nuestro sol divino se presta á las más tiernas y poéticas consideraciones. ¡Qué delicioso recuerdo, almas cristianas, el de vuestra primera comunión! ¿No fué ella el oriente dichoso del día de la gracia en vuestros corazones? ¿No visteis el Sol de la Eucaristía iluminar por vez primera los horizontes de vuestra existencia terrestre? ¡Ah! vendrá otra comunión, no menos significativa que la primera, será la última de nuestra peregrinación por la tierra, será el Viático para el tremendo viaje al país de la eternidad... ¡Qué ocaso tan solemne y majestuoso del día sobrenatural! Triste ha de ser sin duda aquella despedida, no tanto porque anuncia el fin de la vida terrena, y porque habrá que decir adiós al mundo

<sup>1</sup> Ps. 83, 2.

de las apariencias<sup>1</sup> que se aleja de nosotros, que se desvanece cual ligera sombra; sino porque será preciso despedirse para siempre del Dios sacramentado, á quien ya no se volverá á contemplar, y de cuyas delicias no volverá á gustar. Pero ¿qué importa que las sombras se disipen, cuando va á rayar la luz en toda su esplendorosa claridad? No volveréis á gustar las dulzuras de la Eucaristía, es verdad; pero en cambio volaréis á embriagaros en el torrente de la felicidad, en el banquete de la gloria<sup>2</sup>; beberéis del nuevo retoño de la vid en el reino del Padre. No diréis ya: *Tomaré el cáliz de salvación é invocaré el nombre del Señor*<sup>3</sup>; pero entonces, en cambio, el cántico de eterna libertad, diciendo: *Rompiéronse, Señor, mis ataduras; á ti sacrificaré la hostia de alabanza*<sup>4</sup>. ¡Qué dulce y deleitoso pensamiento!

15. Así es cómo la divina Eucaristía, que embellece los primeros días de nuestra juventud<sup>5</sup>, alegra también los postreros momentos de nuestra existencia, como el astro que se oculta á nuestros ojos entre rubios cortinajes de oro y grana, prometiéndonos apresurar su carrera para tornar á visitarnos. La Eucaristía es prenda de vida perdurable y gloriosa<sup>6</sup>. La gloria no es sino la consumación de la vida empezada en la mesa eucarística. Por eso, de la comunión brotan los deseos inflamados de las almas que suspiran por el cielo. ¿Cuándo lucirá el día sin noche, de la eternidad? ¿Cuándo amanecerá el sol divino para no ocultarse jamás? ¡Oh sol de mi Jesús sacramentado, que, á través de nubes y

<sup>1</sup> I Cor. 7, 31.<sup>2</sup> Matth. 26, 29.<sup>3</sup> Ps. 115, 13.<sup>4</sup> Ps. 115, 16.<sup>5</sup> Ps. 42, 4.<sup>6</sup> *Futuræ gloriæ nobis pignus datur* (Eccl. in offic. SS. Sacram.).

sombras misteriosas te dejas ver tan grande y tan hermoso, véante mis ojos sin velo en el cenit de la bienaventuranza! ¡Oh fuente de vida y centro de atracción de todos los vivientes, viva yo por ti la vida interminable y perfecta! ¡Oh Sol Eucarístico! ¡Alegra con tu luz los sombríos momentos de mi ocaso, y, después de la pasajera penumbra de la muerte, alúmbrame en el día siempre claro de la feliz eternidad! Así sea.

### SERMÓN CUARTO

(predicado en la iglesia de la Veracruz de Bogotá, 1885).

#### El hombre, tabernáculo de Dios por la sagrada Eucaristía.

Ecce tabernaculum Dei cum hominibus, habitabit cum eis.

He aquí el tabernáculo de Dios entre los hombres, donde habitará con ellos.

Apoc. 21, 3.

1. Una de las ideas más grandiosas y, por lo mismo, más adecuadas para formar concepto de Dios, es la de su inmensidad. ¿Quién será capaz de comprender con su flaca y estrecha inteligencia aquel Ser que los cielos y la tierra con toda su capacidad, al parecer infinita, no son bastantes á encerrar?<sup>1</sup> Y ¿qué concepto más digno de Dios que el de su incomprensibilidad? ¿De qué modo mejor puede el gusanillo de la tierra reconocer cuán grande es el Señor, que advirtiendo cuán pequeño es él mismo para comprenderlo? De ahí nacén aquellos afectos con que tan dignamente se honra y acata la majestad del Ser divino, cuales son la admiración

<sup>1</sup> 2 Par. 6, 18.